

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares	1'00 ptas
Subscripción: España un trimestre	1'00
Extranjero	1'50

Los Anarquistas y la Guerra

Escribimos por el gusto de exponer nuestro particular modo de pensar y sentir y con la fundada esperanza de, en algo, ser útiles a nuestros hermanos los desheredados todos; no sentimos animadversión hacia los que diferente de nosotros piensen y a su vez no nos preocupan los juicios contrarios que puedan formar.

El ideal anarquista es de paz, de armonía, de amor, cualquiera las circunstancias actuales nos hagan aparecer, y en muchos casos en efecto lo seremos, terribles partidarios de la violencia y de la destrucción.

El anarquista, si hoy no ama como sería su deseo, desea ardientemente que llegue el día en que pueda amar a todos los hombres; a los infinitos beneficios materiales que supone el estado social en que aquel amor sea posible, han de unirse los morales mil veces superiores, los que se desprendan de la solidaridad franca y abnegadamente practicada que con rápido y seguro paso conduzca a la humanidad por el anacrono camino del limitado progreso, por aquel en que la ciencia, conociendo y modificando las leyes naturales, siembra la vida del hombre del mayor grado de felicidad posible.

La guerra es el mayor azote de los pueblos, el más horrendo de los crímenes, la más grande de las aberraciones humanas; su posibilidad prueba de un modo concluyente que es falsa la civilización, imperfectísima su cultura, adyacente el estado moral de los hombres: quien la hace, quien la fomenta, quien la propaga es un loco, es un degenerado, es más, es un malvado.

Anarquía y guerra son dos conceptos antitéticos, se excluyen, se repelen; ante una declaración de guerra el anarquista llora, lágrimas que no conciben los infames, que hacen reír a los mercachifles, que atribuyen a debilidad los mentecatos, que indignan a los patriotas. En el estado actual, cualquier que sea el grado de progreso que se alcance en todos los ramos del saber, la guerra tendrá que producirse como consecuencia del antagonismo de los intereses entre los diversos grupos llamados naciones en que se hallan divididos los hombres; sólo la desaparición de los Estados, sólo la patria única con comunidad de intereses, puede afirmar la fraternidad humana, puede hacer real la solidaridad; puede hacer innecesaria la guerra, desapareciendo ésta para siempre de las relaciones humanas.

No fuimos de los que creyeron — y no se atribuya esto a tonta presun-

ción — que la guerra actual no podría producirse porque el pueblo contestaría con la revolución: el Estado es el causante de la guerra y cuando el pueblo está dispuesto a que ésta no se lleve a término lo estará igualmente en que el Estado desaparezca, pues éste que en estado de guerra mata al pueblo a tiros, en el llamado de paz lo mata de hambre después de tenerlo reducido a la indigna condición de esclavo; importa pues ante todo y sobre todo que el Estado desaparezca para que desaparezca con él no ya sólo la guerra, que es uno de los accidentes, sino el hambre, la esclavitud y los males sin cuento que sobre el pueblo, mejor dicho, sobre la humanidad pesan.

¿Cuál es pues el deber de los anarquistas ante el actual conflicto europeo el que lo era antes, el que ha sido siempre: luchar con todas sus fuerzas por debilitar el Estado, por cercenar su autoridad y su poder, por derrocarlo para siempre.

No podemos admitir que un anarquista empuñe las armas y exponga su vida por defender un Estado contra otro Estado, aun cuando el primero represente en apariencia, o si se quiere en realidad un grado superior de civilización o de progreso; si el esfuerzo empleado en apoyar a un Estado contra otro Estado, o invirtiera directamente en derrocarlo al Estado en sí, su labor sería odiosa al vulgo lanático y embrutecido, odiada por los interesados directores de la sociedad, pero mil veces más fructífera para los altos fines que persigue.

El día que leímos la declaración de guerra de Alemania a Francia experimentamos una emoción grandísima, parecíanos que una bomba había caído a nuestros pies dejándonos aturcidos; era que nuestra imaginación veía el cuadro de desolación y de miseria que había de seguirse, era que contemplábamos los ríos de sangre y de lágrimas de nuestros hermanos los desheredados y de sus familias víctimas por su inconsciencia y su desolación del orgullo de una docena de tercos endiosados. En aquel terrible momento, más que en ningún otro nos dimos cuenta de lo imperfectamente que cumplimos el sagrado deber que nos impone nuestro sublime ideal de paz, impulsándonos con una fuerza tan grande como la que representa el amor que sentimos por los oprimidos, a odiar a los causantes de tan terribles catástrofes.

FELIPE CUBAS

Gritos de rebeldía

Porque queremos igualar la sociedad e invocamos solemnemente el derecho a la vida, nos llaman: *Locos*. Porque pretendemos que desaparezca la mentira, iluminando al Universo con la radiante luz de la Verdad: *Sofadotes*. Porque proclamamos el exterminio de los humanos intérpretes de las divinidades utópicas, porque queremos concluir con ese tinglado de inicua larsa religiosa, porque queremos destruir esas fortalezas que se llaman conventos y penetrar e investigar el misterio, la infame comedia, la inmoralidad y el vicio del recinto conventual: *Herejes*.

Si historiamos la vida de los laicos religiosos, demostrando su ignorancia científica, sus alucinaciones, sus enfermedades, sus perturbaciones sus maldades y demostramos que esas mentes visionarias por las que durante veinte siglos viene sacrificando la Humanidad, tanto arte, tantas energías, tanta felicidad, tantas vidas humanas, son enemigas del progreso y obstáculos que se oponen al curso de la civilización: *Nos procesan*.

Porque no nos uncimos al yugo de la tiranía que impera en tierra española, y esquivamos nuestros cuerpos del látigo flagelador: *Nos persiguen*.

Porque queremos vivir, porque queremos libertad, porque pedimos que se haga Justicia, porque queremos que todos los hombres vivan de sus propias fuerzas, porque queremos destruir esta Sociedad del privilegio y de la explotación y deseamos al mundo un porvenir todo luz, amor, belleza, arte — porque el hombre por muy pobre que sea tiene derecho a toda felicidad —: *Nos encarcelan*.

Y cuando agotadas nuestras energías ya no podemos soportar esta vida

de lento sufrir, de tortura, de sacrificio, de martirio; cuando vemos que nuestras ilusiones se esfuman, que nuestras esperanzas se desvanecen, y enervados por el sufrimiento ponemos nuestros medios en acción para hacer añicos los grilletes que nos oprimen y romper los estabones de las pesadas cadenas de la esclavitud, entonces, amigos míos: *Nos matan*.

Pero como dice Michelet en su *Historia de la Revolución francesa*, 1847, XXIX, "yo sondearé la cuestión ante la cual ellos dudan, y obtendré antes de morir, el premio de la vida, que es el encontrar la verdad y decir la según su corazón".

ALBERTO SEIGLAND

París abril 1914.

LA PAZ

Este artículo, entregado en la redacción de *El Día Gráfico* para su publicación, confiando en el respeto prometido a todas las opiniones, no ha sido publicado.

Como haciendo borrón y cuenta nueva acerca de los errores sociales de la antigüedad, se dijo en el año 1: todos somos hermanos, hijos de Dios y herederos de su gloria; pero siempre habrá pobres y ricos en el mundo.

En 1789, borrando y contando de nuevo otra vez, se declaró solemnemente entre el estrépito revolucionario que todos nacemos y permanecemos libres e iguales en derechos, y que toda agrupación política tiene como objeto la garantía de los derechos inherentes del individuo; pero quedó subsistente la propiedad individual de la tierra y el salario en pago del trabajo.

Es decir: lo que antes, mucho antes de la era cristiana establecieron los legisladores romanos, siguiendo el sis-

tema usurpador y explotador de anteriores conquistadores fundadores de imperios, lo respetaron el cristianismo y la revolución.

En el Nuevo Testamento, en los concilios, en las encíclicas, en los escritos de los Santos Padres, en los de los apologistas cristianos y en los de todos los fundadores y defensores de las sectas disidentes se censuró el pecado y se enalteció la virtud.

También los filósofos y moralistas de todas las épocas, sobreponiéndose a los hechos consumados, a los intereses creados, al atavismo, a las preocupaciones y a los convencionalismos de todo género, prepararon aquella gran comoción político-social que produjo la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que es como la Carta constitucional de la Democracia moderna.

Pero... la adversativa prevaleció en ambos cortes de cuentas: pobres y ricos no se aman como hermanos, ni propietarios y jornaleros concurren en igualdad democrática al gobierno de los Estados.

De hecho, si no de derecho, quedaron como base de la vida social el hombre-persona y el hombre-cosa de los romanos, fundamento positivo, mientras esa distinción exista, de toda enemistad, de toda guerra.

La consecuencia de mayor bulto, como resumen de todas las incongruencias toleradas, admitidas y tenazmente persistentes contra los principios aceptados como adelantos progresivos, harto tristemente se patentiza en esa guerra que tantas víctimas y ruinas causa en la actualidad.

¿A qué discutir acerca de la conquista de la hegemonía disputada: tanto si vence el trust alemán, como si resulta triunfante la compañía anglo-franco-rusa, el vencedor obrará como burgués que derrota a un concurrente y queda dueño del mercado; sin más moralidad como norma de conducta que el interés, sin otro objetivo que el monopolio de la riqueza.

Invocación al dios de los ejércitos, respeto a las tradiciones nacionales, amor a la patria, tributo a la justicia... palabras vanas, *boniment* comercial, charlatanería para la clientela. En substancia: a través de los siglos, de las religiones, de los imperios y a pesar de las conquistas, de las rebeliones, de los sistemas filosóficos y de las transformaciones políticas, subsiste inalterable una prolongación de aquellas antiguas clases de patricios y plebeyos que da lugar a pensar que han transcurrido treinta siglos sin producir un cambio racionalmente apreciable en la organización de la sociedad.

Con razón exclama el ilustre Hækel en *Los Enigmas del Universo*: "Comparados con nuestros admirables progresos en las ciencias físicas y sus aplicaciones prácticas, nuestro sistema de gobierno, nuestra justicia administrativa, nuestra educación nacional y toda nuestra organización social y moral han quedado en estado de barbarie."

Tras la guerra actual vendrá, no la paz, sino una tregua.

Mientras no se alteren esencialmente las instituciones causantes de la desigualdad social, en tanto que por el monopolio de la riqueza natural y la producida haya ricos y pobres, es decir, detentadores y expropiados, explotadores y explotados, doctores y analfabetos, resultará que, animados por la idea de revancha los vencidos y amparados tras fuertes defensas los vencedores, se renovará la pérdida y ruinosa paz armada, esperando la ocasión de poner en práctica los nuevos descubrimientos científicos aplicados a la matanza.

Nuestras clases directoras y nuestros estadistas, ante los problemas del porvenir, no dan más de sí: la codicia, la ambición, la vanidad y el poder agitaron en esas gentes todo noble impulso, impidieron la elevación de sus sentimientos y les incapacitaron para dirigir serenamente su mirada al ideal.

En tal situación, la humanidad, rebosante de vida y de poder, ni renuncia a vivir, ni se somete para siempre a la tiranía desviadora de los privilegiados; y si de éstos sólo se obtienen frutos de perdición y de muerte, de otra fracción humana surgirá la fuerza renovatriz que señale la orientación salvadora.

Y esa fuerza ha surgido ya, es el proletariado, es la Internacional, libre al fin de la influencia mixtificadora que en ella introdujo la burguesía con el socialismo parlamentario y la cooperación; es el moderno sindicalismo, que, en lucha contra el capital y fraternizando sindicatos, federaciones y confederaciones, a través de mares y fronteras, va a la supresión del sala-

rio, a la abolición del actual monopolio de la tierra y a la participación de todos sin exclusión de nadie en el patrimonio universal; es el anarquismo que, deduciendo las consecuencias racionales de la filosofía y de la ciencia, se propone realizar el franco y espontáneo funcionamiento de la Sociedad, libre de toda coerción estatista, y no reconoce la autoridad de los mandantes que han formulado en derecho escrito y en constituciones políticas nacionales sus preocupaciones y sus intereses.

El proletariado universal, unido en la aspiración emancipadora, declarando que no quiere el privilegio ni para sí mismo y con el propósito de reorganizar la sociedad sobre la reciprocidad del derecho y del deber, aunque atropellado en estos terribles momentos por la conflagración europea, muestra al mundo el ramo de oliva, bello y consolador emblema de la paz.

ANSELMO LORENZO

El hombre y la sociedad

No han de asustarnos las sublimidades por demasiado altas. Lo repugnante es arrastrarse por lo bajo.

Temores al porvenir, al engrandecimiento, a la conquista; son signos evidentes de impotencia, castración de voluntades y limitación de expansiones.

Todo límite puesto a la razón de la fantasía, es un dique contrario a la razón humana, y no se endican ni se obstaculizan los pensamientos, sin menoscabo de los derechos, de la misión, y de la dignidad de los hombres.

Si se quiere una sociedad más perfecta, más humanizada, más armónica y más bella, debe hacerse antes porque aquellos que la compongan reúnan iguales condiciones; ansien los mismos fines y no marchen por caminos contrarios.

Lo sublime se aparta cada vez más del presente, porque va paralelo con las leyes inquebrantables del tiempo, que corre y se integrará con el futuro. Ascender la sublimidad es constatar la evolución, y no seguir la evolución, fuera trasgredir las disposiciones expresas del progreso.

¿Quién vea en estas lejanías un acicate, más ardiente cuanto más lejano, habrá conseguido el principio tan necesario para el perfeccionamiento social: la pauta de la superación de la especie. En cambio, el que se ofusque o maree; el que no quiera ascender por el hecho de que la sublimidad escala el infinito con una marcha mucho más veloz; el que se arrastre o conforme con aquello trillado de la recua, con el pasto de la vulgaridad, antes que una simple remora es una negación flagrante del progreso, un enemigo declarado de la evolución y un masturbador miserable de la conciencia y de la vida humana.

Quien dice miedo al porvenir dice renunciamiento de la vida.

Quien rehúsa la conquista por inalcanzable, no ha conocido todavía la conquista.

Y el que rehúsa la conquista; el que teme el engrandecimiento de las cosas; el que dice miedo al porvenir, no es más que una miserable larva osificada prematuramente en su más repugnante calidad. En su cascarón de miseria.

Hay que ser vidente y ser afirmación para ser hombre. Ajar la vida es delito de lesa humanidad, y no es nada simpático que digamos el degradar al aliento de sí mismo; el convertirse en un auto vejatorio, cuya repugnancia del delito viene a ser el responsable de la propia culpa.

Para qué sirve la Revolución

La obra de la Revolución francesa no se limita solamente a lo que obtuvo sino a lo que se ha conservado en Francia; está también en los principios que legó al siglo siguiente en el jalón que plantó para el porvenir.

Una reforma es siempre un compromiso con el pasado; pero un progreso realizado por la vía revolucionaria es siempre una promesa de nuevos progresos. Si la Gran Revolución francesa resumió un siglo de evolución, dió también el programa de la evolución que había de realizarse en todo el curso del siglo XIX. Es una ley de la historia que el período de ciento o de ciento treinta años próximamente que transcurre entre dos grandes revoluciones, recibe su carácter de la revolución por la que comenzó aquel período.

Los pueblos se esfuerzan en realizar en sus instituciones la herencia legada

por la última revolución. Todo lo que no ha podido poner en práctica, todas las grandes ideas que han sido puestas en circulación durante la tormenta y que la Revolución no ha podido o no ha sabido vivificar, todas las tentativas de reconstrucción sociológica dadas a luz durante la Revolución, todo ello será el contenido de la evolución en la época siguiente. Se le añadirán solamente todas las ideas nuevas que esa evolución haga surgir cuando trate de poner en práctica el programa heredado de la pasada tormenta. Después, una nueva gran revolución se hará en otra nación, y ésta, a su vez planteará el problema para el siglo siguiente.

Tal ha sido hasta el presente la marcha de la historia.

Dos grandes conquistas caracterizan, en efecto, el siglo transcurrido desde 1789 1793. Una y otra tienen su origen en la Revolución francesa, que tomó por su cuenta la Revolución inglesa, ampliándola y viviendola con todo el progreso realizado desde que la burguesía inglesa decapitó a su rey y transfirió el poder al Parlamento. Esas dos grandes conquistas son la abolición de la servidumbre y la del poder absoluto, que han conferido al individuo unas libertades personales en que ni el siervo ni el vasallo osaban pensar, y que han producido al mismo tiempo el desarrollo de la burguesía y del régimen capitalista.

Esas conquistas representan la obra principal del siglo XIX, comenzada en Francia en 1789, y extendiéndose lentamente sobre Europa en el curso del siglo que hemos atravesado.

La obra de emancipación, comenzada por los campesinos franceses en 1799, fué continuada en España, en Italia, en Suiza, en Alemania y en Austria por los ejércitos descamisados. Por desgracia apenas penetró en Polonia y nada absolutamente en Rusia.

La servidumbre habría terminado en Europa en la primera mitad del siglo XIX, si la burguesía francesa, al llegar al poder en 1794 pasando sobre los cadáveres de los anarquistas, de los franciscanos y de los jacobinos no hubiera detenido el impulso revolucionario, restablecido la monarquía y entregado Francia al escamoteador imperial, el primer Napoleón. El ex-general de los descamisados se apresuró a reafirmar la aristocracia; pero el impulso estaba dado y la institución de la servidumbre recibió un golpe mortal. Se abolió en Italia y en España, a pesar del triunfo temporal de la reacción. Gravemente amenazada en Alemania desde 1811, desapareció definitivamente en 1848. Rusia se vió forzada a emancipar sus siervos en 1861, y la guerra de 1878 puso fin a la servidumbre en la península de los Balcanes.

El ciclo está recorrido. El derecho del señor sobre la persona del campesino no existe ya en Europa; ni siquiera allí donde existe aún el censo como indemnización de los derechos feudales.

Los historiadores descuidan el hecho. Sumergidos en las cuestiones políticas, no ven la importancia de la abolición de la servidumbre, a pesar de constituir el rasgo esencial del siglo XIX. Las rivalidades de las naciones, las guerras que causaron y la política de las grandes potencias que tanto preocupan, todo deriva de un gran suceso: la abolición de la servidumbre personal y el desarrollo de su reemplazante el salariado.

El campesino francés, al rebelarse hace cien años contra el señor que durante su sueño le mandaba batir los estancieros para que las ranas no croaran, emancipó los campesinos de Europa; al quemar los palacios y los archivos en que constaba su sumisión y ejecutar los nobles que se negaban a reconocer sus derechos a la humanidad, dió durante aquellos cuatro años la voz de alarma a Europa, hoy completamente libre de la humillante institución de la servidumbre.

Por otra parte, la abolición del poder absoluto ha tardado también cien años en dar la vuelta a Europa. Atacado ese poder en 1648 en Inglaterra y vencido en Francia en 1789, el poder real de derecho divino sólo se ejerce hoy en Rusia; pero también allí se agita en sus últimas convulsiones. Hasta los pequeños Estados de los Balcanes y Turquía tienen hoy sus representantes. Rusia entra en el mismo ciclo.

En tal concepto, la Revolución de 1789 1793 hizo su obra. Casi toda Europa tiene en sus códigos la igualdad ante la ley y el gobierno representativo. En teoría al menos la ley es igual para todos y todos tenemos más o menos el derecho de participar en el gobierno.

PEDRO KROPOTKINE